

## ESPAÑA, ¿PROBLEMA O SOLUCIÓN?

En este momento, cuando se apunta el fin de uno de los más largos periodos de crecimiento económico, pleno empleo y expansión demográfica y urbanística en Catalunya (sin entrar ahora a valorar la calidad y solidez de estos fenómenos), y cuando acabamos de dotarnos de un nuevo Estatuto de Autonomía que amplía nuestra capacidad de autogobierno y de financiación -nuestra capacidad de decidir-, es cuando se manifiestan de forma explosiva y abigarrada todo un conjunto de agravios acumulados que parecen poner de acuerdo a los principales agentes sociales, económicos y políticos del país.

Así, parece que ahora existe un amplio consenso en que nuestros servicios públicos de movilidad son insuficientes; que los ferrocarriles de cercanías y regionales y, en general, el transporte público están en pésimo estado y se gestionan mal; que la congestión viaria es endémica; que el déficit de inversión en infraestructuras por parte del Estado en Catalunya es discriminatorio en relación al resto de España y que nuestro sector productivo es demasiado dependiente de la construcción, a la vez que ineficiente energéticamente y poco competitivo; que la vivienda es inaccesible, la investigación insuficiente o que las empresas y los empresarios catalanes están faltos de iniciativa...

Este panorama, descrito de forma impresionista y parcial, pone de manifiesto la arraigada tendencia de algunos líderes políticos, económicos y de opinión a pasar del “*cofoisme*” acomodaticio al victimismo acrítico. Baste con recordar que hasta hace bien poco el discurso “correcto” era el que sólo reclamaba inversiones para el AVE, las ampliaciones del aeropuerto de Barcelona y más autopistas y

autovías, menospreciando el ferrocarril convencional y el transporte público; el discurso que alentaba el crecimiento urbanístico ilimitado y el libre mercado de suelo y vivienda; el que aplaudía las deslocalizaciones industriales para sustituirlas por el trinomio turismo-servicios-construcción...

Pero lo sorprendente es que en la actual etapa de exacerbación crítica sobre las deficiencias del modelo social, económico, de infraestructuras y de financiación de Catalunya no asoman demasiados elementos de autocrítica, más allá de la tímida reflexión sobre la falta de iniciativa de parte del empresariado catalán hecha pública de forma limitada por el Círculo de Economía. Por el contrario, parece que se quiere aprovechar la ocasión para una nueva “huida hacia delante” que sitúa la culpa de todos nuestros males en “España” -así, en general- frente a una Catalunya “víctima” -también así, sin distinciones-, lo que no deja de ser una forma cómoda e interesada de eludir responsabilidades. Es, también una forma de diferir los cambios necesarios en las prioridades políticas, económicas y sociales que incumben sólo o de forma principal a la sociedad y al gobierno catalanes, confiándolos al ejercicio de un mayor “derecho a decidir”, sin pasar cuentas de lo que hasta ahora “hemos decidido” y sin discutir lo que “podríamos decidir y no queremos” con los instrumentos de autogobierno y financiación de que nos hemos dotado.

Se pone el acento en la “desafección” hacia España y lo que representa, sin detenernos a valorar el grado de “desafección” de algunos de los nuestros hacia la Catalunya real, la de las gentes de a pie, la del territorio triturado y la de cultura desorientada; desafección que se ha practicado durante demasiados años desde los ámbitos de poder catalán de todo tipo.

Claro que en España se han llevado a cabo políticas discriminatorias y se han fomentado estados de opinión menospreciativos para Catalunya, tanto desde algunas políticas gubernamentales -no sólo del Estado, sino también autonómicas- como desde la oposición y también desde muchos centros de poder económico, y no hablemos ya de algunos líderes de opinión e incluso desde algunos púlpitos.... Por desgracia esto ha sucedido en muchas de las etapas de la historia moderna y contemporánea, con diversa intensidad. Pero frente a ello la cuestión, desde Catalunya, es cómo superar estos obstáculos, cómo hacer efectivos los mayores derechos y los mayores recursos que legalmente se nos reconocen, cómo ejercer sin cortapisas las mayores responsabilidades que hemos asumido, e incluso cómo ampliar y modificar aquellos marcos legales e institucionales que se han quedado estrechos u obsoletos.

¿La solución es desentendernos de España, romper puentes, enajenar voluntades, decir que todos son iguales? ¿O bien, aprender de nuestra historia y ver cómo Catalunya sólo ha avanzado de forma efectiva en su autogobierno cuando ha sabido ser un modelo a seguir, un motor de modernización y de cambio del conjunto de las instituciones y la sociedad españolas; cuando ha sabido implicarse en la resolución de problemas que son generales y en el cambio de políticas a partir de sabias y medidas alianzas con los sectores políticos, sociales y económicos progresistas y modernizadores del resto del Estado, que haberlos los hay y no necesitan de “pedagogías” sino de propuestas para avanzar unidos en la configuración de un Estado moderno, federal y laico? Así lo supieron hacer los líderes de Catalunya desde el siglo XIX con Pi i Margall, o ya en el siglo XX con Prat de la Riba, o en el

advenimiento de la segunda República con el pacto de San Sebastián que nos trajo la primera autonomía, o en la lucha contra el fascismo durante la guerra civil, o en la transición democrática con el restablecimiento de la Generalitat y una Constitución avanzada o, en fin, con la reforma del *Estatut* de 2006. No nos engañemos, si tenemos un problema con España, la solución pasa también por ella.

***Salvador Milà i Solsona***

***Diputat d'ICV-EUiA al Parlament de Catalunya***

(article publicat a EL PERIÓDICO DE CATALUNYA el 30 de novembre de 2007)